



CAPÍTULO IV

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

COMO ES SABIDO, EL PRESIDENTE Wilson, al formarse el convenio de la Sociedad de las Naciones, creyó que no era conveniente invitar a formar parte de la institución ni a Costa Rica ni a México, alegando que sus gobiernos, en aquel entonces, habían derivado su mandato de una revolución.

Pasaron así varios años y nosotros permanecemos ajenos a las deliberaciones de la Sociedad, así como los Estados Unidos, pues en definitiva su Congreso no aprobó la adhesión de ese país.

Costa Rica, que ya había regularizado su situación, pues tenía un gobierno estable, solicitó su admisión y fue aceptada para formar parte de la misma Sociedad. México, sin embargo, aunque había seguido indiferente, decidió tomar en consideración el ingreso a la Sociedad de las Naciones, si era invitado por ella en una forma decorosa.

En tal virtud, las delegaciones de Alemania, Imperio Británico, España, Francia, Italia y Japón, presentaron, en la sesión del 7 de septiembre de 1931, la siguiente proposición: “Considerando que México no figura en el anexo del pacto donde están enumerados los países invitados a suscribirlo, y considerando que es de toda justicia que la Sociedad de las

Naciones retire esta omisión tan contraria al espíritu mismo de la Sociedad, proponen a la Asamblea que México sea invitado a adherirse al pacto y a aportar a la Sociedad su preciosa colaboración, como si hubiese sido invitado desde un principio”.

Esta proposición fue sometida a la Asamblea de la Sociedad de las Naciones por su Presidente, el señor Titulescu, como primer delegado de Rumania, y fue apoyada en el acto por todos y cada uno de los primeros delegados de los países autores de la proposición, y además por el primer delegado del Perú, escogido por todos los países de América Latina representados en la Asamblea; el primer delegado del Canadá, el primer delegado de Portugal y el de Colombia, quienes publicaron largos discursos de lo más elogiosos para nuestro país, subrayando la estabilidad política de su gobierno y su importancia, no solamente en América Latina sino en toda la comunidad internacional. La proposición fue aprobada por unanimidad de votos y comunicada al gobierno de México por el Presidente de la Asamblea y el Secretario General de la Sociedad de las Naciones, señor Erich Drummond.

El señor Estrada, al recibir esta comunicación, se dirigió al Senado de la República, comunicándole lo anterior y explicando que, como la aceptación a la invitación hecha implicaba la adhesión al tratado relativo, solicitó de la Cámara la ratificación prevista por la fracción primera del artículo 76 de la Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos. Resuelta favorablemente la solicitud, el señor Estrada aceptó la reparación que se le hacía a México y aceptó su ingreso a la Sociedad de las Naciones en los términos en que se anunció, y ofreció con leal espíritu de amistad su constante cooperación con los altos propósitos de mantener la paz y fomentar la colaboración internacional. Los delegados designados para representar a nuestro país fueron el señor Estrada, Secretario de Relaciones, el señor licenciado Emilio Portes Gil, ministro

en Francia, y don Fernando González Roa. Como delegados suplentes, el señor licenciado Manuel Gómez Morín, el licenciado Alfonso Reyes, embajador en Brasil, y yo; como secretario de la delegación, el director de la oficina de México en Ginebra, señor Salvador Martínez de Alba.

En vista de la premura del tiempo, esta primera delegación nombrada por el señor Estrada no pudo asistir a las sesiones de la Sociedad de las Naciones.

Al año siguiente, al celebrarse la Asamblea, quiso el Secretario de Relaciones que fuera yo presidiendo la delegación mexicana, acompañado del señor Leopoldo Blázquez, ministro plenipotenciario de nuestro país en Checoslovaquia, del señor Luis Quintanilla, Secretario de nuestra embajada en París, y, como Secretario, el señor Martínez de Alba.

Me embarqué, pues, por segunda vez, con rumbo a Europa. En París, me reuní con los señores Blázquez y Quintanilla. Don Leopoldo Blázquez, que era hombre de bastantes recursos, había ido a París en un flamante automóvil marca Lincoln, al que orgullosamente se le puso la bandera de México, pero los habitantes de las poblaciones por las que pasábamos, al ver un coche tan fastuoso, no pensaban que viajaban en él los delegados de un país pobre como México, sino que, por la semejanza de las banderas, la gente que se agolpaba en los pequeños poblados a admirar el coche, suponía que iban en él miembros de la delegación italiana.

Quintanilla nos invitó a desayunar en Fontainebleau, que estaba en el camino a Ginebra, en donde residía su señora esposa y sus hijos, que pasaban una corta temporada en aquel lugar. Blázquez, antes de partir, me manifestó que Quintanilla le había pedido que le permitiese manejar su coche, a lo que Blázquez se rehusó terminantemente, pues su automóvil tenía un alto valor, y Quintanilla, según me manifestó, era un conductor atrabancado; me pidió, por lo tanto, mi interven-

ción para convencer a Quintanilla de que desistiese de su pretensión.

Salimos, pues, a buena hora, y después de tomar un buen desayuno, con rumbo a Ginebra, atravesando el bello bosque que rodea la ciudad y el castillo de Fontainebleau. Pasamos al mediodía por una población que nos pareció agradable y donde creímos pertinente detenernos a almorzar; el pueblo se llamaba Avalon, y el hotel en cuyo restaurante nos proponíamos comer se llamaba *La Poste*. Tenía una placa que indicaba que en ese lugar había dormido el emperador Napoleón Primero al regresar de la isla Elba, durante los cien días. Dicha población está situada en la Borgoña; la comida y los vinos que nos sirvieron eran excelentes, pues el restaurante, que habíamos elegido casi al azar, resultó ser uno de los mejores de Francia. Tan buena fue la comida y tan exquisitos los vinos borgoñones que saboreamos, que el señor Blázquez, entusiasmado por la comida, me pidió que rogara a Quintanilla que manejase hasta Ginebra, lo cual realizamos con gran temor de nuestra parte, pues Quintanilla nos llevó, como había previsto Blázquez, a gran velocidad.

Este episodio me comprueba la sabiduría de Talleyrand, que, al partir hacia el Congreso de Viena, encabezó la lista de los colaboradores que lo iban a acompañar con el nombre de Carême, su cocinero.

Al llegar a Ginebra, y después de alojarnos en un lujoso hotel magníficamente servido, como lo son los hoteles de Suiza, se me presentó el secretario del señor Erich Drummond, Secretario General de la Sociedad de las Naciones, para manifestarme que su jefe pensaba invitarme, dentro de poco tiempo, a una cena en su casa y rogándome que no contrajera ningún compromiso en la noche de los próximos días. Efectivamente, asistí a la cena invitado por el señor Secretario General, en la cual, además del anfitrión, tomaron parte el

señor Herriot, primer ministro de Francia y el primer delegado de su país ante la Sociedad de las Naciones; el señor Robert Cecil, de la ilustre familia de los Salisbury y que representaba al Imperio de la Gran Bretaña, como primer delegado, y el señor Fiamon de Valera, Presidente de Irlanda, que con ese carácter presidió la delegación de su país, además del señor Latifi Bey, ministro de Relaciones de Turquía, y el elocuente y distinguido primer delegado de China, señor doctor Yen. Me tocó estar en medio de estos dos últimos, y a mitad de la cena el delegado de Turquía me dijo que propusiera al doctor Yen que, al terminar ésta —como todas las oficiales, corta y aburrida—, nos fuéramos los tres a un cabaret, el mejor de Ginebra, donde estaríamos en amable compañía. Aceptó Yen y, desde entonces, en cuantas reuniones nos encontrábamos por la noche, y a solicitud del turco, íbamos juntos al cabaret.

Lafiti me explicaba que vivía en Angora, pequeña ciudad burocrática en donde no existía diversión ninguna, y que cuando venía a Europa, así fuera a Constantinopla o a Ginebra, le gustaba tener un poco de esparcimiento.

De esta manera nació cierta intimidación con estos dos delegados, principalmente con el doctor Yen, a quien admiraba yo mucho por su gran elocuencia, pues hablaba un inglés más correcto y elegante que el de los delegados de la Gran Bretaña, que eran, a su vez, eminentes oradores. A Yen me lo encontré después en la conferencia de Londres, y fue quien me dio la oportunidad de conocer al ilustre economista John Maynard Keynes.

Sorprendió mucho al licenciado Salvador Martínez de Alba el que me hubiese invitado a su casa el señor Erich Drummond, manifestándome que había muchos delegados latinoamericanos que después de radicar mucho tiempo en Ginebra nunca habían puesto los pies en la casa del Secretario General de la Sociedad de las Naciones, y que a mí me

invitaba a la primera comida que daba en la temporada y en la compañía de grandes señores. Esto, en su opinión, sólo podía explicárselo si fuese yo amigo personal de Sir Erich. Era cierto que yo lo conocía desde La Haya, durante la primera Conferencia de Codificación del Derecho Internacional, y en donde había hecho una amistad más o menos íntima con ese distinguido diplomático inglés. Recuerdo un pequeño consejo que me dio el propio Sir Erich: que cuando tuviese que tratar un asunto delicado con algún extranjero, principalmente si era inglés, lo invitara a un *cocktail* con la mejor champaña seca que pudiera conseguir y con el mejor coñac que tuviese a mi disposición, que vería que después de haber tomado ese *cocktail*, que predisponía a la benevolencia, encontraría más fácil el arreglo de mi asunto. Bauticé este *cocktail* con el nombre de *diplomatique*, y posteriormente he hecho uso del consejo de Sir Erich con buen resultado.

Poco tiempo después dos jóvenes franceses, miembros de la delegación de su país, me manifestaron que tendrían mucho interés en invitarme a comer con el objeto de platicar sobre México, país que les interesaba sobremanera; que aunque ellos eran modestos secretarios de la delegación francesa, me pedían permiso para extenderme la invitación. Acepté gustoso y charlamos en forma amena durante toda la comida. Posteriormente, cuando don Salvador Martínez de Alba se enteró de que yo había aceptado ir a comer con estos dos jóvenes diplomáticos, se contrarió mucho: ¡que insolencia, qué falta de respeto de estos muchachos de haberse atrevido a invitar a todo un primer delegado! Yo le expliqué a Martínez de Alba que había aceptado la invitación con agrado, pues aunque yo era primer delegado de México, tenía una posición también modesta dentro de la burocracia mexicana, y que estos dos jóvenes diplomáticos me parecían gente inteligente y agradable. Refiero esta anécdota que pinta hasta qué grado

algunos de los diplomáticos mexicanos pierden el concepto de las cosas y se vuelven estirados en forma exagerada en cuanto ocupan alguna representación en el extranjero.

Antes de la celebración de la Asamblea, recibí la visita de los ministros de Relaciones Exteriores de Polonia y Checoslovaquia, quienes me pidieron el voto de México para que pudiesen ingresar en el Consejo, y yo accedí sin ninguna dificultad, pues desde México había recibido instrucciones en ese sentido; en reciprocidad, me manifestaron que votarían por mí para el mismo cargo en el Consejo, formado, hasta donde recuerdo, por un número limitado de países, entre los cuales se encontraban las grandes potencias de Europa, que tenían asiento permanente en dicha institución, y los países de nuevo ingreso que habían sido recientemente electos.

El único asunto importante fue una vigorosa invectiva del primer delegado de Alemania, barón Von Neurath al ministro de Relaciones de Checoslovaquia, quejándose de malos tratos a personas de nacionalidad alemana por parte del gobierno de Checoslovaquia, o sea, la vieja querrela de las minorías étnicas alemanas de los Sudetes. El delegado de Checoslovaquia, señor Benes, hizo ademán de levantarse a contestar tan violentas acusaciones hechas en contra de su país, pero se mantuvo silencioso a una señal que pude percibir le hizo el embajador de Francia, que en aquella época se consideraba protector de los países de la pequeña *entente*.

Estando en Ginebra padecí un fuerte resfriado, motivado por los fríos vientos llamados *bise* que soplaban en forma violenta. Por consejo del doctor que me atendió, y al terminar la Asamblea de las Naciones, me trasladé a Niza, alojándome en el hotel Negresco de aquella población, en donde me repuse rápidamente con el clima templado y agradable de aquel lugar. Tuve por entonces oportunidad de hacer algunas excursiones alrededor de esta hermosa ciudad de la Costa Azul,

sin faltar Montecarlo, en donde visité el gran museo oceanográfico que el principado de Mónaco conserva en esa población.

Decidí, recuperada mi salud, regresar a México, visitando en el camino, primero, a mi distinguido y fino amigo don Genaro Estrada, que entonces se encontraba ocupando la embajada de México en España. El señor Estrada tenía una gran posición en la capital española, pues tenía relaciones personales con los principales personajes del gobierno republicano que se acababa de establecer en aquel país. Tuve oportunidad, invitado por él, de asistir a una comida con los señores Álvarez del Vayo, Zulueta y Madariaga, que ocupaban puestos encumbrados en el gobierno del señor Manuel Azaña, también amigo del señor Estrada; él mismo me invitó a comer en la suntuosa residencia que ocupaba la embajada de México y donde comimos con la distinguida señora Nieto de Estrada, su gentil esposa. Al terminar la comida, el embajador me invitó a que visitáramos el Museo del Prado, que yo no conocía, pues no había estado en España. El señor Estrada, que era un conocedor del arte pictórico, se había hecho muy amigo del conservador del museo, que lo atendía y sostenía con él largas pláticas sobre temas controvertidos, aun cuando ignoraba que este señor curioso y gran conocedor de la pintura española fuese el embajador de México. El señor Estrada me recomendó que no revelase su personalidad, pues gracias al anonimato conversaba libremente con el conservador del museo, que era altamente agradable. En esta ocasión charlamos largamente sobre la colocación más adecuada de determinados cuadros.

Antes había hecho el viaje de Ginebra a Barcelona bastante incómodo, pues me tocó, en un compartimiento del ferrocarril, la cama baja, y ocupaba la alta un compañero que tenía aspecto poco tranquilizante, que además no apagó la luz sino hasta muy entrada la mañana, por lo que pasé una noche tole-

dana sin dormir hasta casi llegar a Barcelona. Ahí me recibió amablemente mi viejo compañero de la Secretaría de Relaciones, don Rubén Romero, quien me llevó a conocer cualquier lugar que no fuera el frontón, donde había perdido cantidades de alguna importancia y había decidido no volver a poner los pies en él.

De Barcelona a Madrid viajé en un carro de ferrocarril que venía bastante lleno de pasajeros, pero en poco tiempo, y sin que se conocieran unos a los otros, se formó una tertulia donde los chistes y las expresiones agudas se comunicaban de un extremo a otro del carro, y yo pasé un día de lo más agradable, como si estuviera en realidad asistiendo a una zarzuela del teatro español.

De Madrid pasé a París, también por ferrocarril, sin ninguna novedad, y luego me embarqué en el *Champlain*, de la Compañía Trasatlántica Francesa, al mando del comandante Barthélemy, marsellés, que hablaba español perfectamente y que conocía México, a donde había ido navegando en barcos de esa compañía. El *Champlain* era un barco de una sola clase, moderado, y en donde viajaban principalmente artistas, escritores y algunos diplomáticos. El capitán sentaba a su mesa a algunos de los pasajeros de distinción y tuve oportunidad de conocer al señor Raculi, historiador que había escrito un interesante libro sobre la vida del señor mariscal Joffre; a una cantante que había debutado en el Convent Garden de Londres y venía a dar conciertos a Nueva York; a un chelista, primer premio del Conservatorio de París, que venía con igual propósito a Nueva York, y a los miembros de una compañía de comedia que venía a debutar en Nueva York. Con estos elementos y con el carácter alegre del capitán formábamos noches de gala todo el tiempo que duró la travesía. Particularmente me hice amigo del señor Philipovich, embajador de Polonia, que venía a ocupar su puesto en Washington, y del

señor Yancovich, cónsul de Yugoslavia en Nueva York; ambos eran, como buenos eslavos, muy aficionados al ajedrez, y pasábamos el tiempo muchas veces, desde muy temprano, dedicados a este difícil juego; descubrimos pronto que el servio era el más fuerte de los tres, entonces jugábamos contra él el embajador Philipovich y yo en consulta. Llegué a México sin que hubiese ninguna novedad en el camino.